

á no haber sido oportunamente socorrido por sus soldados que, leales, conservaron esa briosa existencia para que en ese día, vertiendo sangre de su cuerpo machacado á golpes, vengase con usura la que él había derramado. El teniente Julián Martínez, cuando iba á dejar su vida alegre en la punta de una lanza paraguaya, le grita al soldado Medina, asistente de Berón, que lo salve, y Medina que había ya previsto el caso, enristra el arma y de un bote maestro hace saltar la espada de Damocles que pendía sobre la cabeza del joven oficial. Leyría, el imberbe y valiente sargento cae acuchillado con catorce heridas horrorosas, bazaría que solo concluye cuando queda extendido en el arenal sangriento codiciado por la muerte, ⁽¹⁾ que al fin compasiva le abandona.

Los tenientes Lobos y Reyes, reciben heridas que las retribuyen. El de igual clase Pelliza que se encontraba arrestado y había solicitado ardiente, en el momento de la lucha, trocar el triste encierro por la gloria del campo de batalla, cumple la consigna que levantaba bien alto á los oficiales del I^o de caballería de línea: *Patria y bravura*. Segovia, sucio de sangre, destaca su marcial figura en ese campo inmortal. El 2^o jefe del regimiento, el mayor Catalán, cumple con su deber demostrando serenidad oportuna. Maldonado, como siempre, altanero é irónico en el peligro. El mayor Giménez, agregado al regimiento, incansable en sus

(1) Es el hoy teniente coronel, hermano del general del mismo apellido.

arremetidas de buen jinete, admira con su destreza. López, el modesto mayor, el primero que ha doblado á lo paraguayos, mantiene su sólida reputación que siempre ha de fulgurar allí como el relámpago que estalla del choque del acero contra los rayos del sol.

Kleine, el capitán de sangre sajona, es un elogio de ese día, su nombre con honor quedará en ese campo de batalla. Los tenientes Vivier, Rodríguez, Moyano, Martínez; los alféreces Uriburu, ⁽¹⁾ Moine, O'Connor, Paiba, Illesca, y los que no tienen nombre en la historia, esos rudos soldados que sólo sus hazañas se citan en conjunto, todos están allí dando y recibiendo, envueltos en esa confusión tan grandiosa para el bronce del porvenir, donde se ha de cincelar el canto épico de esa jornada.

Hay grupos que parecen tejidos de lanzas y se ven correr de un lado al otro algunos paraguayos á pie, que no por estar desmontados dejan de batirse: lo mismo sucede á otros soldados argentinos que no han podido tomar caballos: se les ve luchando con el coraje insensato de la desesperación y lo que más llama la atención es que la pólvora ha enmudecido su retumbante eco; parece que ese silencio solemne arrojase con desdén, lejos de la escena bárbara, el rudo estruendo que aturde y embriaga, para suplantarle con la calma marcial del viejo soldado: todo es á arma

(1) El distinguido jefe del I2 de caballería de línea y autor de una relación de ese combate que tengo en mi poder.

blanca : el arma de los bravos, nada de matar de lejos: es necesario que el robusto puño donde se siente el latido del hombre esforzado y audaz, domine con el esplendor del coraje.

* * *

¡Cómo recordamos aún palpitante aquella escena, que entonces no comprendíamos! pues únicamente, absortos, veíamos á la distancia con los ojos desmesuradamente abiertos para que no se nos escapase ninguna chispa de ese fuego sagrado del poema inmortal de los héroes de la patria, revolverse como un torbellino de puntos blancos, oscuros y rojos á los tenaces combatientes que se distinguían andar de un lado á otro sin gran impulso, y de cuando en cuando algo que caía de un caballo y se arrastraba, ó de repente se agrupaban los puntos de diversos colores ó de nuevo huían ó avanzaban, todo esto bajo los ecos de un rumor lejano, casi imperceptible ó interrumpido á veces, que parecía el desconcierto de un clamoreo de voces desafinadas.

El entusiasmo contenido en las filas de la disciplina, quería saltar del pecho al contemplar al veterano regimiento que solo, en las fauces de la pantera, no necesitaba de nadie para salvar el honor de los argentinos

¡Qué jefes, qué oficiales, qué soldados aquellos. Casi todos han muerto gloriosamente en el campo de

batalla, ó están miserablemente al borde del sepulcro, encorvados como el árbol que va á secarse sacudido por un huracán de fuego, arrastrando una existencia de negras decepciones y sinsabores sin término, desconocida ó desdeñada para la ambición prematura, para la vanidad efímera de los que no han consagrado una vida entera á la patria.

¡Qué oficiales aquellos, tan modestos en el vivac y tan arrogantes en la batalla! Qué soldados aquellos que ingrata la nación ha olvidado hasta el punto de permitir que sus nobles vástagos arrastren la planta del mendigo, pidiendo limosna á cuenta de los hechos gloriosos de sus padres; no eran un *pozo de ciencia*, es verdad, porque en aquellos tiempos la ruda existencia militar, interminable, en que se destacaban sus actores, campeones patriotas sin salario, no lo daban para estudiar teorías, alguna vez poco meditadas, y sólo se aprendía en el yunque del servicio lo que enseñaba la vida de campaña y la experiencia de las batallas, el instinto guerrero de nuestras almas bien encaminadas en el sendero del deber, lo suficiente para que haya trazado aquellos hombres de fierro, una época memorable, en la que su más esplendente obra ha sido la estabilidad y la grandeza de la nacionalidad argentina.

Han muerto ya casi todos, ignorados la mayor parte, más sobre su humilde tumba desconocida, la posteridad ha levantado ya refulgente, irradiando los rayos de la gloria militar, la libertad que ellos conquistaron, derramando su sangre á torrentes, como el desborde abnegado de un sacrificio que no tiene límites.

* * *

Situación rara, excepcional, es en la guerra la del 1º de caballería de línea en aquel memorable combate: ejecutando un cambio de frente es casi sorprendido, resultando una carga del enemigo sobre los escuadrones que aun no han entrado completamente en línea, contrarrestado por otra carga victoriosa del que ya había tomado su formación, de lo que resulta flanqueadas ambas izquierdas contendientes, como lo expone bien claramente el comandante Segovia en su lacónico parte, de donde proviene el desordenado tumulto en el que no estallan grandes impulsos á causa de que los caballos transidos de fatiga no obedecen á la espuela y la pelea gradualmente se hace individual sin el ímpetu marcial y entusiasta de la caballería.

En esta emergencia, que ha pasado rápida, entra en acción el otro regimiento paraguayo cuyos escuadrones enristran largas lanzas y aparece á la distancia la infantería del enemigo que anteriormente había echado pie á tierra y en un momento se cubre el terreno á lo lejos, á vanguardia de la avanzada, con las camisetas rojas.

Segovia que en esta situación felizmente ha podido dominar un tanto al adversario con quien batalla, impulsa en desorden un amago de carga contra los recién venidos; mas al ver los refuerzos que vienen

en auxilio de sus contrarios, ordena el retroceso, y se pone en retirada organizando sus desordenados escuadrones.

Entonces los paraguayos vuelven sobre sus pasos y se vienen rastreando al bravo cuerpo: éste con una calma inglesa inicia entonces su maniobra sin precipitación alguna, con el ánimo de rechazarlos si audaces se aproximan y de atraerlos contra el fuego de nuestra infantería: hace alto varias veces y da media vuelta como una advertencia terrible: el enemigo comprende esa actitud muda, amenazante; se detiene: está ya escarmentado: parece que persigue más por fórmula que por otra cosa á pesar de su infantería que allá á lo lejos se ve inmóvil esperando, sin duda, el resultado de la batalla.

El coronel Flores, que ha podido reunir algunos soldados de su escolta, se mezcla con nuestros bravos y toma parte bizarramente en el último momento de este hermoso episodio.

Al iniciar el enemigo su avance en el primer momento del combate, el coronel Esquivel y el mayor Racedo habían establecido las dos compañías del Rosario en dos médanos equidistantes, separados por un espacioso intervalo, quedando con la dirección de cada una de estas, estos mismos jefes.

Próximo ya el 1º de caballería de línea á esta fuerza, el mayor Racedo le gritó que le despejase el

frente y penetrara por el intervalo de las dos posiciones. ⁽¹⁾

Así se hizo, rompiendo entonces un fuego granado y convergente con las dos compañías sobre el enemigo que había ya juzgado más oportuno dar media vuelta y retirarse, abandonando el campo, dirigiéndose oportunamente á atacar por el flanco derecho las fuerzas de la vanguardia aliada, ya críticamente comprometidas; mientras que nuestro bravo regimiento, que á duras penas podía dar un paso, se detenía á retaguardia de nuestra infantería, reorganizaba sus filas y daba aliento á los pobres caballos, que en ese día ya no prestaron servicio alguno. Mas el que habían hecho era eximio en demasía: impedido que el audaz enemigo cayera por sorpresa sobre las tropas del primer cuerpo del ejército argentino, cuyos jefes la mayor parte se encontraban ausentes de su campo, y por consecuencia que se hubiese producido un conflicto serio, que, para repararlo, habría sido necesario derramar más sangre que la poca argentina que se vertió ese día.

La comportación del coronel Esquivel y del mayor Racedo, fué ajustada á la conducta de un buen oficial, valiente y aguerrido, y puede decirse muy bien que su intervención salvó al 1º de línea, sobre el cual se destacaban ya otras fuerzas á retaguardia á las que no hubiera podido resistir á causa de su aisla-

(1) Relación del coronel Racedo.

miento y abandono incomprensible por parte de la caballería de nuestra derecha.

El mayor Racedo, ⁽¹⁾ al ver coronada la loma por algunas compañías de infantería enemiga, desplegó la tropa en orden abierto y rompió el fuego sobre los paraguayos. Estas entonces detuvieron su marcha, distinguiendo, sin duda, el movimiento de todo el ejército argentino que avanzaba á tomar posiciones á vanguardia.

En seguida se desplegó otra compañía del Rosario que estaba de reserva y continuó así el tiroteo.

Mientras tanto el coronel Rivero, al sentir el estruendo del combate, había acudido á la avanzada, donde se encontraba el coronel Esquivel y el mayor Racedo, dando impulso á la mosquetería.

Fué entonces que apareció el batallón Correntino mandado por el comandante Sosa, y flanqueando al enemigo por su izquierda, que estaba entretenido en merodear en el campo del general Flores, avanzó por ese costado y desplegó sobre los paraguayos que saqueaban el campo de nuestro aliado, rompiendo un fuego intenso de mosquetería que hizo volver en sí á nuestros adversarios, haciéndoles ver que en la guerra es peligroso entretenerse en otra cosa que no sea la guerra.

(1) Hoy coronel, Jefe de la Comisaría.

En ese momento acudían del mismo modo las restantes compañías del regimiento Rosario, y apresuradamente desplegó una en orden abierto reforzando la izquierda, guardando las otras de reserva: en seguida, se presentó el batallón Tucumano á las órdenes del comandante Quirno y el Catamarqueño dirigido por el mayor Matoso, con su jefe de brigada el coronel Wilde á su frente.

En columna avanzaron estos últimos en protección de las guerrillas del frente que seguían sobre el enemigo que se retiraba, quemadas las espaldas por el fuego espantoso de las tropas de la vanguardia.

Estas fuerzas argentinas, reforzadas inmediatamente por las del general Paunero, que acudió con la 1ª y 2ª división del 1º cuerpo de ejército y una batería de artillería del 1º regimiento que tomó posición y batió á otra paraguaya situada del otro lado del estero, acudiendo en seguida las demás baterías que inmediatamente rompieron sus fuegos sobre el nuevo objetivo. Lo restante del ejército argentino avanzó á vanguardia y formó en batalla sobre los médanos frente al Estero Bellaco. Las guerrillas del 3º de línea y Legión Militar, rompieron también sus fuegos sobre el enemigo que no había detenido un momento su retirada, desde que sufrió el rechazo del ataque á la vanguardia.

Mientras tanto el general Mitre había comprendido la verdadera situación de la batalla y sentido amar-

gamente que la falta de caballería nos privara de la más completa victoria, pues el enemigo retrocedía apenas amagado su flanco izquierdo á buena distancia por algunas guerrillas argentinas, salvando sin obstáculo el espacio que nos separaba de él, que si hubiera podido ser acortado por las fuerzas del general Paunero, se habría llenado completamente el objetivo de la batalla.

En estos momentos recibía el general el estandarte conquistado por el 1º de caballería de línea y premiaba al sargento Luna con el empleo de alférez en el campo de batalla, produciendo este acto dulces emociones en los que lo rodeaban.

Habiendo avanzado hacia la izquierda, encontró una fuerza de caballería brasileña á cuyo oficial invitó á cargar á otra paraguaya que se retiraba: éste rehusó alegando órdenes terminantes de guardar ese punto, y debió ser así, porque nunca los bizarros jinetes riograndenses se excusaron al peligro.

Consignamos aquí este hecho, porque ha sido negado por eminentes escritores brasileños, sin comprender el alcance de la cosa, el espíritu militar que encierra una orden terminante. Pues solo ven en la narración de ese incidente algo ofensivo al honor del soldado, preocupados siempre con la idea equivocada que les domina al creer que en el Río de la Plata son antipáticos, y por el amor propio exagerado que alguna vez los ha hecho actores de tan hermosos hechos.

Estos sucesos se desarrollaban en el momento en que, repelidos los paraguayos por las tropas orientales y brasileñas, iniciaban el sangriento retroceso, concordando el avance general de la derecha y de la izquierda de las fuerzas del ejército aliado en el mismo sentido de la victoria, sin que cupiera al argentino otra faena que amagar un flanco del enemigo obligándolo á retirarse más precipitadamente; porque estando á una distancia insalvable para un ataque próximo de la infantería, y faltando los caballos para nuestros bravos regimientos, fué imposible atacar violentamente ese flanco, que ahora por inversión de la marcha en retirada del enemigo, resultaba derecho, y producido ese caso, á no dudarlo, no hubiera salvado un solo soldado.

Mas á pesar de esta situación, la artillería argentina que desde el primer momento, como antes he referido, había tomado parte activa en la lucha, contribuyó poderosamente al rechazo del adversario, avanzando con audacia sus piezas á corta distancia de la masa paraguaya que se retiraba en desorden y contrabatiendo los fuegos de las piezas de Bruguez y de Roa que desde la orilla opuesta del Estero Bellaco protegían el retroceso de sus parciales.

La bizarría del 1º de caballería de línea se había detenido por faltarle absolutamente los caballos, y la caballería correntina que tarde había llegado al teatro del combate de aquel valiente cuerpo, se encontraba en igual estado. Es por esta causa que en

esta batalla, como en la del 24 de Mayo, la caballería en general tuvo muy limitado su rol.

Volvamos á la vanguardia.

* * *

Las fuerzas de la vanguardia que habían sido repelidas al principio, como lo expusimos anteriormente, tomaban en ese momento valientemente la revancha: esa reacción era furiosa, la venganza en todo su lujo, así la matanza fué repugnante.

En ese momento llamaba la atención un regimiento de caballería paraguaya que protegía la retirada, al paso y al trote: de repente detenía su marcha abnegada, daba media vuelta, y cargaba: al trote sin impulso, como una masa de sacrificio impelida por un deber solenne, volvía á retirarse, y los claros se abrían en sus fatigadas filas; pero á la voz guaranítica de sus oficiales cerraban los cruentos agujeros, y aquellos bizarros estoicos saltaban á impulso de la metralla, como los pedazos de un débil muro atacado por un poderoso ariete.

Fué en esta circunstancia que habiéndose adelantado arduosamente el 1º y el 26 de voluntarios y dos compañías del 13 de línea brasileño que iban con este último, la caballería paraguaya que protegía la